

José Manuel Cuéllar Moreno, *La razón pendular de Emilio Uranga. Una historia del existencialismo mexicano*, México, Herder, 2025, 491 pp., ISBN: 978-970-96571-2-8

ERIKA FERNANDA MOLINA VERDUZCO
Instituto de Investigaciones Filosóficas, UMSNH

La filosofía de lo mexicano tuvo un momento estelar con la participación de los integrantes del grupo Hiperión, jóvenes que se preguntaron si había algo propio del ser del mexicano, lo que los llevó a la producción de muchas reflexiones en torno a ello. Cada uno siguió rutas distintas en el desarrollo de sus ideas y algunos, incluso, llegaron a distanciarse de quienes fueron sus maestros. Desde la perspectiva de José Manuel Cuéllar Moreno, autor de *La razón pendular de Emilio Uranga*, el filósofo de Hiperión fue una figura central en el grupo, uno de los principales receptores y exponentes del existencialismo francés, y uno de los que se aferró, hasta casi el final de sus días, a las reflexiones sobre el ser del mexicano, buscando llevarlas al terreno de lo universal.

El libro de Cuéllar Moreno reúne documentos de importante valor —muchos, de hecho, inéditos— mediante un gran trabajo de archivo que realizó como parte de su tesis doctoral para, haciéndonos viajar en el tiempo, llevarnos a ese momento en el que Hiperión estaba en el centro de las discusiones intelectuales sobre la filosofía de lo mexicano. La recepción del existencialismo francés en México se dio, en gran medida, por el profundo interés de los jóvenes mexicanos en varios de sus exponentes. En el caso de Uranga, se vio atraído por la obra de Jean-Paul Sartre y la idea de proponer una filosofía local que no fuera mera interpretación o importación de las propuestas del otro lado del continente, sino algo con intereses propios, la cual ya se venía desarrollando desde filosofías como la de Leopoldo Zea.

Desde el inicio, el autor plantea el problema del sentido de la existencia, a partir del cual se van trazando gran parte de las reflexiones del libro. También nos empapa del ambiente intelectual que había en la Ciudad de México en los años de producción de los filósofos del Hiperión, así como del inicio de sus inquietudes en torno a la pregunta qué es el mexicano. Destaca, asimismo, la importancia de la figura del maestro José Gaos al frente de este grupo de jóvenes.

El texto se estructura en seis capítulos, organizados según los periodos de formación y producción intelectual de Uranga. El primero se titula “Andanzas de mocedades (1921-1944)”. En él, Cuéllar Moreno nos transporta al ambiente que se vivía en la Facultad de Filosofía y Letras cuando estaba ubicada en la Casa de los Mascarones. Nos presenta también a un Emilio Uranga joven y nos introduce a sus primeras experiencias con la filosofía, su formación académica y la historia de cómo fue que, de manera temprana, se ganó el apodo de Enemilio, durante sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, por su estilo tan particular de argumentación.

En el segundo, “Los atlantes de Mascarones (1944-1946)”, el autor retrata la figura de José Gaos como central por su acercamiento a la fenomenología y por su incentivación de los jóvenes a pensar las circunstancias de su tiempo. Gaos proponía a sus alumnos que no se enfocaran en simplemente repetir los argumentos de la filosofía europea, sino que esta les sirviera de herramienta para pensar las problemáticas de México. Ya desde esos primeros cursos y seminarios, comenzó a conformarse como un grupo de jóvenes que compartían la voluntad para construir una filosofía propia.

El tercer capítulo tiene una densidad importante y se intitula “El existencialismo mexicano (1947-1949)”. En él, encontramos uno de los hilos argumentales más interesantes de la obra. Aunque abarca un periodo breve, es fundamental por la recepción que tendrá en México —en gran parte gracias a los integrantes de Hiperión— el existencialismo francés, y por ser un momento de maduración intelectual para Emilio Uranga. Nos cuenta Cuéllar Moreno que, para esas fechas, Uranga “fue nombrado ayudante honorario de Leopoldo Zea” (p. 89), quien estaba

en un momento de gran auge por la recepción y difusión de sus textos. En esa misma época, Zea invita a sus estudiantes a conformar un grupo de estudios en el que participaron Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Fausto Vega, Joaquín Sánchez Macgregor, Salvador Reyes Nevárez y, por supuesto, Emilio Uranga. Dicho grupo revisó las obras de grandes exponentes de la filosofía como Immanuel Kant, Edmund Husserl y Martin Heidegger. Sin embargo, sus miembros pronto se sintieron cansados del estudio de la filosofía alemana e, inquietos por desarrollar “una teoría filosófica sobre la circunstancia mexicana” (p. 94), comenzaron a estudiar la obra de Sartre, con lo cual no simpatizó el profesor Gaos. Destaca el autor que, en estas fechas, se dieron las visitas a México de Maurice Merleau-Ponty, quien fue invitado para dar un curso de existencialismo francés que incentivó en Uranga su fascinación por esta corriente filosófica, y de Simone de Beauvoir, con quien, como relata Cuéllar Moreno, ni Uranga ni Rosario Castellanos pudieron coincidir para un intercambio de ideas.

Uranga seguía enfocado en desarrollar una filosofía que le permitiera pensar el ser del mexicano. Criticaba cómo las propuestas anteriores se habían centrado más en una descripción y sostenía que, en ese sentido, una ontología del mexicano debía enfocarse en describir lo que es, “no lo que hace el mexicano o lo que piensa, o lo que fantasea” (Uranga citado por Cuéllar Moreno, 2025, p. 150). Este elemento iría dando una dirección muy clara a la búsqueda de Uranga para desarrollar dicha ontología.

El cuarto capítulo se titula “Neokantianos vs. existencialistas (1947-1949)”. En este, el autor aborda los principales conflictos que se suscitaron entre estas tradiciones filosóficas y entre quienes las encabezaban, pues ambas buscaban el dominio intelectual en México. Los neokantianos seguían firmes en defender la idea del sujeto trascendental y una de las críticas que se les hizo es que sus conceptos empezaban a estar vacíos de sentido. Fue un momento de cuestionamiento sobre el quehacer filosófico en México, en el que el reclamo del existencialismo por hacer una filosofía que se relacionara con la realidad inmediata tomó fuerza. Cuéllar Moreno destaca cómo los neokantianos “padecían un miedo terrible

a cualquier localismo que pudiese derivarse del método historicista, un método que anclaba a la filosofía a circunstancias específicas e intransferibles” (p. 163). Sin embargo, la fuerza y el auge que tomó el existencialismo en México fue acaparando espacios intelectuales con respecto al grupo de neokantianos, lo cual, más adelante, tuvo un importante impacto en las bases teóricas retomadas por Hiperión.

“La filosofía de lo mexicano (1948-1950)” es el título del quinto capítulo, el cual hace referencia a los años de mayor producción de las reflexiones sobre este tema por parte de Hiperión y, particularmente, de Uranga. En este apartado medular del argumento, el autor desarrolla el momento cumbre de las exploraciones de Uranga, plasmadas en sus principales ideas sobre el ser del mexicano. Para entonces, ya había una larga tradición de la filosofía de lo mexicano que comprendía extensos trabajos realizados por los maestros de los integrantes de Hiperión, los distintos momentos del Ateneo de la Juventud y una vasta serie de discusiones en torno al tema. Sin embargo, Uranga quiso ir más allá y no quedarse en estas reflexiones descriptivas. Señaló, para estas fechas, el error metodológico de Samuel Ramos Magaña por recurrir al psicoanálisis para desarrollar el tema; llevó al límite el concepto de inferioridad para pensar, más bien, en otras categorías como las de insuficiencia y zozobra; y conceptualizó al mexicano como “accidente”, desmintiendo así la pretensión europea de ser una “sustancia” inamovible. Este seguimiento conceptual que Cuéllar Moreno realiza respecto al desarrollo del trabajo de Uranga es muy lúcido. Nos muestra cómo el filósofo dio un paso metodológico muy interesante que buscaba llevar las particularidades de la circunstancia mexicana a la universalidad de lo humano. Justo en este momento empezaron a ver la luz sus reflexiones ontológicas, las cuales plasmó, dos años más tarde, en el *Ensayo de una ontología del mexicano* (1952).

En este apartado, el autor también desarrolla la concepción que en el ambiente intelectual de la época se tenía del existencialismo. Las críticas fueron duras por parte de Ramón Xirau, Eduardo García Máynez, Paula González Alonso y José Vasconcelos, por mencionar algunos, lo cual mantuvo a los integrantes de Hiperión en el centro de la discusión. Au-

nando a ello los propios intereses intelectuales que cada uno comenzó a desarrollar, esta situación provocó que, llegado el momento, algunos de sus miembros se fueran distanciando. Un acontecimiento fundamental que aborda el autor en este capítulo es la recepción que tuvo en 1950 *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, obra que introdujo la soledad como categoría de análisis. Cuéllar Moreno subraya que, aunque la filosofía de lo mexicano ya operaba con rigor metodológico ontológico, los miembros de Hiperión le otorgaron un lugar de respeto al texto de Paz, considerándolo en “un estadio previo de la reflexión –el estadio de las ‘corazonadas’ poéticas y de la ‘caracterología’” (p. 286). No obstante, para Uranga las reflexiones de Paz tuvieron un lugar tan importante que le dedicó su *Análisis del ser del mexicano* (1952). Cuéllar Moreno señala este gesto como “algo más que un simple agradecimiento” (p. 292) relacionado con las reflexiones que la poesía logra hacer con mucha lucidez sobre temas filosóficos.

El último capítulo se titula “El amor cínico (1950-1953)” y se centra en el periodo de mayor participación política de Emilio Uranga, con un consecuente alejamiento de la vida académica. Se trata del momento en el que sentó las bases para su posterior y estrecha colaboración con figuras políticas como Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría. Es en este apartado que el autor expone cómo Uranga utiliza el caso mexicano para articular la “valiente y cínica lección de que el estado normal del mundo es la crisis” (p. 310). Con esta premisa, el filósofo rompió con el ideal de lo mexicano. Por otro lado, Cuéllar Moreno retrata el inevitable declive de Hiperión. Para esas fechas, cada uno de los integrantes comenzó a tomar su propio rumbo, dejando únicamente la nostalgia de aquellos años marcados por la energía vital de sus acaloradas discusiones.

Un apartado sumamente interesante de este capítulo se titula “¿Y la mujer qué?”. En este, se relata el momento en el que María Elvira Bermúdez cuestionó al grupo en sus reflexiones sobre el mexicano, señalando que los autores omitían aclarar si estaban considerando a las mujeres dentro de su análisis. Resulta un punto de enorme potencial de desarrollo, pues, si bien la obra de Cuéllar Moreno menciona a filóso-

fas como Paula González Alonso, Rosario Castellanos o Laura Mues, es poco lo que ha explorado al respecto, debido, en gran medida, a ciertos elementos contextuales sobre la participación de las mujeres en la vida intelectual del país. Esto abre una posible línea de investigación.

Después de estos ires y venires en torno a la reflexión sobre el ser del mexicano, Uranga concluye que este vive en condición de accidente, definido como “la fragilidad, la oscilación entre el ser y la nada, una especie de sombra” (Uranga citado por Cuéllar Moreno, 2025, p. 376). Esta reflexión cierra la puerta a propuestas nacionalistas que tuvieron auge en periodos anteriores, al resaltar que el ser del mexicano se encuentra en ese constante e inagotable movimiento pendular.